

La epidemia silenciosa: Por qué la hepatitis B y C siguen cobrando 3500 vidas cada día

Las hepatitis B y C se cobraron 1,3 millones de vidas durante el 2024, lo que equivale a aproximadamente 3500 fallecimientos diarios, una tragedia evitable dado que el planeta cuenta con vacunas, tests diagnósticos y terapias que podrían prevenir la mayoría de esos decesos. La Organización Mundial de la Salud (OMS) alertó a finales de julio que el ritmo de progreso es insuficiente para erradicar la hepatitis viral como peligro sanitario antes de que finalice la década.

Coincidiendo con la conmemoración del Día Mundial contra la Hepatitis, celebrado cada 28 de julio, el organismo exhortó a las administraciones públicas a dismantlar los obstáculos que impiden a millones de individuos acceder a inmunización, pruebas y atención sanitaria. La consigna de este año, "Hepatitis: acabemos con las barreras", persigue convertir los logros científicos en acciones tangibles mediante una inyección de recursos, un liderazgo político más decidido y un acceso igualitario a los servicios de salud.

Al cierre del 2024, 287 millones de personas convivían con hepatitis B o C crónicas. No obstante, apenas una cuarta parte de los afectados por hepatitis B y poco más de un tercio de quienes padecían hepatitis C habían recibido un diagnóstico. Entre los primeros, solo el 4,3% estaba bajo tratamiento, mientras que únicamente el 20% de los segundos había accedido a una terapia curativa.

Esta enfermedad viral desencadena una inflamación hepática que, de no ser detectada y tratada a tiempo, puede evolucionar hacia cirrosis o cáncer de hígado con el paso de los años. La OMS subraya que el déficit diagnóstico es uno de los principales motores del aumento de la mortalidad: numerosos pacientes permanecen asintomáticos durante años y, al ignorar su condición, pierden la oportunidad de recibir atención que podría evitar complicaciones severas.

El análisis de mitad de periodo de las estrategias globales frente al VIH, las hepatitis virales y las infecciones de transmisión sexual revela progresos significativos, pero también confirma que la hepatitis viral sigue siendo una de las enfermedades transmisibles con mayor crecimiento en mortalidad.

La OMS apunta que parte del problema radica en que la hepatitis aún se aborda en numerosos países como una patología especializada, concentrada en hospitales o centros de alta complejidad. La ausencia de programas nacionales, infraestructura adecuada y financiación suficiente restringe el acceso, sobre todo en las naciones con mayor carga de enfermedad. Incorporar las pruebas y los tratamientos a la atención primaria, los servicios de VIH y los programas materno-infantiles permitiría alcanzar a un número muy superior de personas.

Evitar nuevos contagios representa otra prioridad ineludible. Durante el 2024, solo el 45% de los recién nacidos recibió la vacuna contra la hepatitis B en las primeras 24 horas de vida, una medida clave para bloquear la transmisión del virus.

El escenario es particularmente alarmante en África, donde la cobertura de esa dosis al nacer se estanca en un escaso 17%. La OMS reclamó intensificar la vacunación, ampliar el acceso a diagnósticos y tratamientos, y focalizar los esfuerzos en los países que soportan la mayor carga de la enfermedad.

La región europea de la OMS ha registrado progresos que demuestran que la eliminación resulta factible cuando existen inversión sostenida y voluntad política. Desde el 2015, los nuevos contagios de hepatitis B se han reducido un 54% y los de hepatitis C, un 28%. Asimismo, el número de personas que conviven con hepatitis C disminuyó un 29%, mientras que la mortalidad asociada cayó un 33% en la última década.

Esta región también superó la meta de eliminar la hepatitis B entre menores de cinco años, con una prevalencia estimada del 0,06%, muy por debajo del umbral mundial del 0,1%. Sin embargo, todavía residen allí alrededor de 9,7 millones de personas con hepatitis B y 5,6 millones con hepatitis C, y persisten carencias significativas en detección y tratamiento.

Únicamente el 23% de quienes viven con hepatitis B en Europa han sido diagnosticados, y apenas el 4,2% recibe tratamiento. Para la OMS, la principal brecha ya no es solo prevenir nuevos contagios, sino localizar a las personas que ignoran su condición y asegurar que accedan a la atención que requieren.

Las herramientas para combatir estas enfermedades existen y son efectivas. La hepatitis B cuenta con una vacuna que previene la infección y con terapias que, aunque no la curan, permiten controlarla de por vida. La hepatitis C es aún más prometedora: los antivirales actuales logran eliminar completamente el virus. Además, disponemos de tests fiables que detectan la infección en etapas tempranas, antes de que el daño hepático sea irreversible.

Sin embargo, tener las soluciones no basta. Millones de personas siguen sin recibir atención debido a una combinación de factores: el estigma social que rodea a estas enfermedades, la falta de información, las desigualdades económicas, sistemas sanitarios débiles y presupuestos insuficientes. La OMS es contundente al respecto: si queremos alcanzar los objetivos del 2030, necesitamos actuar con mayor urgencia, garantizar flujos financieros estables y dejar de tratar la hepatitis como un problema aislado para integrarla en los sistemas nacionales de salud.

El mensaje final de la agencia es claro y esperanzador: "Eliminarlas no es solo una aspiración, es algo alcanzable". Pero para que esa frase no se quede en buenas intenciones, se requiere que todos los actores involucrados —gobiernos, organizaciones sociales, comunidades y socios internacionales— trabajen coordinadamente para que las herramientas que ya existen en los laboratorios lleguen realmente a quienes las necesitan.